

Debilidad de la Dictadura.

El soldado no asesinará al pueblo.

Tanto se ha hablado del Poder de la Dictadura como entidad militar, del efectivo de su Ejército aumentado considerablemente en los últimos años, de sus bien disciplinadas Reservas; del armamento admirable y los recursos de todo género con que cuenta para mantenerse indefinidamente sometidos; tal profusión de estadísticas y contundentes estudios de alta crítica militar se han lanzado a la publicidad para convencer al pueblo que no debe pensar en su emancipación, que en verdad muy pocos espíritus logran substraerse a la idea dominante que aplasta los anhelos de libertad e invade de fatalismo y espanto a la conciencia nacional. Se cree que la Dictadura es omnipotente y por lo mismo, estéril cualquier esfuerzo que se haga para derribarla; que somos una raza de siervos fatalmente condenados a la bafa ó al martirio al ultraje si obedecemos, al degolladero si nos rebelamos.... Y optamos por la obediencia, taciturnos, medrosos, consternados. Seis lustros de opresión nos han enseñado con elocuencia sangrienta que el patíbulo se alza para los defensores de la libertad; que á acero muere quien esgrime el acero redentor. Convencidos de nuestra impotencia, soportamos todas las afrentas y de oprobio en oprobio hemos descendido al medio infamante en que nos asfixiamos.

¿Pero es realmente invencible la Dictadura ó los que tal creen han sido víctimas de una mistificación? El pueblo unido, aguijonado por la desesperación, sumadas sus energías en una aspiración suprema de libertad, resuelto á sembrar sacrificios para levantar una hermosa floración de derechos, ¿será incapaz de obtener el triunfo?

Los turiferarios de la tiranía optarán por la negativa y citarán en apoyo de su opinión la fuerza efectiva del Ejército y sus brillantes condiciones, los sabios preparativos llevados á cabo en los últimos años, el acopio enorme de pertrechos de guerra, el estado "floreciente" del erario y los servicios que al Gobierno prestarán, en un caso dado, las ventajosas vías de comunicación que en la actualidad existen. La rápida movilización de tropas ahogará en su cuna cualquier movimiento que se inicie.

La idea que tienen de su propio poderío, ensorbecido á nuestros opresores y los hace mirar con desprecio infinito los intereses de sus gobernados. Saben que se han impuesto por la fuerza y que la fuerza los sostendrá; poco les importa que estremecimientos de indignación agiten á los espíritus cansados de sufrir. No piensan que su torpe actitud pueda provocar conmociones populares ni consideran que es indomable el empuje de las multitudes hostiles.

[Su Ejército los salvará, ese ejército que á todas horas llaman fiel, con necia puerilidad. Confían en el Ejército y con esa confianza alimentan el germen de su propia destrucción.

La Dictadura ha pretendido organizarse militarmente; pero no ha sabido hacerlo. No ha identificado sus intereses con los intereses del Ejército. Los jefes militares, cierto es que gozan de privilegios ilimitados y hasta de franquicias criminales y tal vez por conveniencia defendan la bandera del despotismo. Pero la tropa no está e iguales condiciones: tiene más motivos que el pueblo mismo para anhelar que cambie radicalmente el actual estado de cosas.

El soldado era un oprimido antes de ingresar al Ejército y en el cuartel sigue sufriendo una opresión más brutal todavía. Antes tenía siquiera derecho á los deleites del hogar; en el cuartel es un paria sin familia y sin afectos. La disciplina militar lo aísla de los seres que amaba y á fuerza de opresiones le embota el sentimiento.

Jamás podrá existir solidaridad entre la víctima y el victimario. Al soldado se le priva arbitrariamente de la relativa libertad de que disfrutaba y natural es que ese acto lo indigne. La Dictadura lo mantiene prisionero y lógico es que anhele el aniquilamiento del Poder que lo subyuga.

Las causas que substraen á un hombre del campo ó el taller y lo arrojan á las infectas cuadras del cuartel, generalmente son las mismas: venganzas cobardes de los caciques. El ciudadano alti-

vo que protesta contra la injusticia, el peón que no se deja explotar de señores influyentes en el Gobierno, el padre de familia cuya hija sea codiciada por algún poderoso, todos los hombres humildes y de honor están expuestos á engrosar las filas del Ejército. En nuestra Patria no se respetan las garantías individuales; subsiste una organización privada de castas odiosas, de privilegiados y explotados; los primeros pertenecen al grupo dominante que goza de todas las inmunidades; los segundos constituyen la masa gris, abrumada de obligaciones y sin ningún derecho, la multitud de ilotas que cubre sus carnes con andrajos y sostiene el insolente boato de la Dictadura, padece hambre crónica y satisface la glotonería de millares de histriónes que culminan en la política. Los individuos de tropa son parte de la casta explotada, de la gleba condenada á la servidumbre y al ultraje. Su entrada al Ejército no los redime, empeora su condición: en vez de amos que los flagelen con el látigo, tienen jefes que los maltratan á puntapiés y les despedazan las carnes á sablazos. Su miseria sigue siendo la misma con la agravante de perder por completo la libertad.

¿Serán estos los soldados que defenderán á la Dictadura, que asesinarán á las multitudes cuando reclamen sus derechos? No; el soldado es hijo del pueblo y con el pueblo estará el día de las reivindicaciones. Al pueblo lo une el grillete de la miseria y el dolor, y su arma la usará para despedazar ese grillete y para castigar á sus verdugos.

Solo los mercenarios permanecerán fieles á la Dictadura; pero los mercenarios no afrontan el sacrificio ni alientan el valor. Son los heraldos de la derrota, los corceles espantados prestos á emprender la fuga.

La fuerza de la Dictadura es ficticia. De nada le servirán sus cañones, sus arsenales y vías de comunicación faltándole el principal elemento: el soldado. No resistirá los primeros embates del pueblo enfurecido, de la plebe desesperada que sabe ser heroica en los momentos trágicos.

Han sido víctimas de una mistificación quienes creen en la omnipotencia de la tiranía. Si hasta la fecha ha subsistido, débese á la apatía del pueblo y no á que fuerzas poderosas tengan asegurada la estabilidad de la paz de plomo que pesa sobre la República como enorme losa funeraria, y que no cuenta con otro soporte que las nucas irredentas de multitudes que aun no emprenden plenamente sus derechos.

Pero esta situación de abatimiento cívico no puede prolongarse indefinidamente: ya el pueblo sacude su indiferentismo y se inicia en las actividades políticas.

Es tiempo de que la Dictadura despierte de su sueño de grandeza y prepare la retirada si no quiere que la catástrofe la sorprenda en plena orgía de opresión y el arrojé al torbellino iracundo de las venganzas populares.

LA GUERRA DEL YAQUI.

Muchas veces lo hemos dicho: las tendencias expansionistas de los plutócratas de los Estados Unidos, encuentran en la infame guerra que Porfirio Díaz hace á los yaquis, un hermoso pretexto para intervenir en nuestros asuntos interiores.

El estado de guerra existe en Sonora revistiendo cada día caracteres más graves. El Gobierno ó sus hombres, como Ramón Corral, Rafael Izábal y Luis E. Torres, desean que la guerra continúe porque de ella sacan mejores utilidades que dedicándose á un trabajo sano. Siempre hemos creído que nuestros gobernantes son traficantes y no hombres de Estado. Acusando á los indios, estos se levantan en armas, lo que proporciona un buen pretexto á nuestros negociantes políticos para explotar la guerra, porque en los presupuestos se pueden calcular gastos para someter á los indios rebeldes y que en realidad solamente sirven para enriquecer á los que tiranizan; se inventan plazas de soldados que no existen; se pide dinero para equipo de guerra que nunca se compra etc., etc., y aparte de esta explotación ruin, todavía se hace negocio regocijando indios pacíficos como Ramón Corral realiza á buen precio "compra esclavistas" del Estado de Yucatán. Muchos indios de los que hoy viven la vida azarosa de la guerra trabajan en las fincas de campo y las negociaciones del Gobierno diezmarlos á sus hermanos sin motivo alguno, y ante la perspectiva de la esclavitud en Yucatán, han preferido levantarse en armas para no ser stropellados inicu-

mento por los que dobloran están encargados de proteger á todos los mexicanos.

Ya hemos dicho esto, pero hoy lo repetimos porque no faltan periódicos pagados por el Gobierno que culman á los yaquis atribuyéndoles defectos que no tienen. Se levantan primeramente en son de protesta contra el despojo de una propiedad de que se los hizo víctimas. Ahora viven en rebeldía para no ser esclavos de Olegario Molina y los donos hononqueros de Yucatán, ó al menos para no ser asesinados á sangre fría por el Gobernador Izábal. Los indios están en su derecho. Cuando la tiranía es extrema, los hombres dignos se rebelan; cuando el Gobierno deja de ser el protector de la sociedad que ha protestado de fofador, la Sociedad tiene, no el derecho, sino el deber de rebelarse para salvar sus libertades, para no perder su honor. Los indios Yaquis, en cumplimiento de su deber de hombres dignos que no saben soportar yugos, se han rebelado y viven la vida del rebelde, azarosa, pero noablemente viril. Los yaquis, pues, cumplen con un deber: el de ser dignos. No todos los hombres pueden resignarse á ser esclavos. Los yaquis no son de los que lamen la mano del verdugo, y de ello han dado buena prueba en los largos años que lluvían de estar rebeldes contra la injusticia.

La guerra en Sonora no es más que el resultado del choque entre la rapacidad de los bandoleros que rdeñan al Dictador y los derechos de los indios, y tendiéndola una fútil solución si se desajase á esos raros representantes de la virilidad el libre goce de los terrenos con los que se han enriquecido Ramón Corral, Rafael Izábal, Luis E. Torres y tal vez el Dictador mismo, torpones que oran de los indios antes que Tuxtepec empuñase el oleo de la Patria.

Con la terminación de esa guerra infame contra el derecho de una raza, se conseguirá el desagravio de la justicia y el desvanecimiento de los peligros exteriores que amenazan á la nación, en virtud de que por el estado de guerra en que se encuentra el Estado de Sonora, los que quieren apropiarse de nuestro país encuentran pretextos más ó menos fuertes para intervenir en nuestros asuntos interiores. Mucho se habla en esta nación de la debilidad del Gobierno mexicano para sofocar la insurrección de los yaquis; se critica acerbamente el hecho de que tropas fuertes y disciplinadas sean vencidas por los indios mal armados, mal alimentados y casi desnudos, y, sobre todo, se culpa porque el Gobierno de los Estados Unidos intervenga en los asuntos de Sonora para que haya mayores garantías para los ciudadanos americanos de nuestra Patria. En la prensa de esta nación y la de México, ha sido publicado un telegrama fechado en Cincinnati, Ohio, el 18 del pasado Enero, en el que se expresa que los miembros de la Junta Directiva de la Compañía explotadora de cobre "Transvaal", resolvieron solicitar del Gobierno de los Estados Unidos que proteja la vida de los empleados que tiene la empresa, y las propiedades de ésta, contra los atentados que cometen los indios yaquis en el Estado de Sonora.

Muchas publicaciones de esta nación, al hablar de la guerra del Yaqui, expresan á las claras sus deseos de que Sonora pase á ser un Estado de la Unión Americana. Esas tendencias expansionistas han sido denunciadas por REGENERACION y hoy volvemos á hacerlo, no con la esperanza de que Porfirio Díaz impida el vandalismo de sus ennuetos en Sonora, causa de la Guerra, sino para que el pueblo sepa que le amenaza un serio peligro si permite que los tiranos continúen ejerciendo el salvajismo en aquel Estado.

En Sonora hay invertido mucho capital americano. Casi todo el Estado es propiedad de americanos, y esa circunstancia hace sospechoso el deseo de los capitalistas de esta nación de que el gobierno de Roosevelt proteja á los ciudadanos americanos residentes en Sonora. Es indudable que se pretende la anexión de Sonora á los Estados Unidos, pues ya cierta parte de la prensa de este país ha hablado en el sentido de la anexión. Se aprovechará para la desmembración del territorio nacional, la debilidad, la cobardía de nuestro decrepito tirano ante el Coloso del Norte; se aprovechará ese servilismo lacayesco de nuestro Dictador para todo lo que proceda de este país. El Dictador ha concedido todo lo que se le ha pedido y la nación está comprometida á fuerza de concesiones que reducen á un manifiesto peligro para los intereses de la República. Todo lo ha sacrificado el Dictador, hasta el porvenir de nuestro país, por tal de tener un apoyo, aunque sea extranjero, ya que no cuenta con el apoyo de los mexicanos que lo detestan.

Hubo un Santa Ana que vendió cínicamente nuestra República. Porfirio Díaz, hipócritamente está vendiendo todo el país. ¡Y no hay un castigo para el que nos vende cantosela y cobardemente!

El día 30 de Diciembre pasado, el Dictador lanzó un kase prohibiendo á los extranjeros adquirir minas en el Estado de Sonora; dentro de la zona de veinte leguas al Sur de la línea divisoria. ¡Oh, sarcasmo; haes muchos años que medio Estado de Sonora al Sur de la línea divisoria es exclusivamente de americanos, y ha sido el Dictador mismo quien ha permitido que se viole la ley que prohibe que los extranjeros adquieran bienes raíces en la línea fronteriza! El kase de 30 de Diciembre del año pasado es una burla sangrienta que se hace al pueblo, porque se ve la refinada hipocresía que encierra.

Debemos estar pendientes todos los mexicanos de lo que resuelva el Dictador sobre la representación que se le va á hacer por parte del Gobierno de este país, para que dé garantías á los americanos en el Estado de Sonora. Desde ahora predicamos,—por conocer el servilismo del Autócrata para con los americanos,—que la dignidad nacional va á ser ofendida una vez más. El Dictador es "valiente" para ordenar batallas como la del 25 de Junio en Veracruz, donde murieron ciudadanos inermes, pero es sumiso y servil ante los fuertes. Una vez más, por lo mismo, tendremos que lamenar ultrajes á la dignidad nacional por la cobardía de nuestro tirano.

¡LEASE REGENERACION!

EL NERON DEL CIENTIFICISMO.

Olegario Molina, el odiado opresor del pueblo yucateco, aparece reelecto para un nuevo período de Gobierno.

Y sin embargo, en Yucatán no hubo elecciones.

¿Puede llamarse elección al escarnio del sufragio hecho por unos cuantos lacayos que se rodean de fuerza armada para evitar que el pueblo se acerque á la pretendida casilla, y que, así asegurados, forjan expedientes, inventan firmas y llenan boletas favorables para el amo que les paga? ¿Puede haber elección donde el pueblo no da sus votos, porque para darlos tendrían que pasar por sobre las bayonetas de los esbirros del Poder?

[Solo en nuestra llamada República se ve semejante sistema electoral y sólo nosotros los mexicanos hemos podido aceptar durante largos años, como Gobiernos legales, á los que se han levantado sobre tales abusos y sobre tasdescaradas violaciones á la Ley!

Es irritante lo que pasa en nuestro país desde que Porfirio Díaz se entronizó en la Presidencia, con el propósito de no dejar las jamas. Todas las leyes son pisoteadas sin consideración; la voluntad del pueblo es sistemáticamente burlada, y lo que domina, lo que impera, lo que se impone inapelablemente, «por la razón ó la fuerza», de uno á otro extremo de la Patria, es el soberano capricho del Autócrata. Los habitantes de México hemos llegado á ser algo menos que cosas para el eusoberbecido déspota, pues si á las cosas se las conserva con cuidado, si quiera sea por interés, á nosotros no se nos perdonan atropellos y vejaciones y aun se suprime á cuantos es posible. Podemos pedir y clamar cuanto queramos: no se nos escuchará ó se hará lo contrario de lo que nos beneficia y nos contente. Quejarse de un cacique, es recomendarlo á la protección de los superiores; disgustarse con una medida gubernativa, es dar lugar á que se extremen los rigores en su observancia; decir que algo es malo, es originar que los gobernantes lo transformen en peísimo; en una palabra, el hecho de mostrar el pueblo su voluntad en tal ó cual sentido, basta para que el Gobierno imponga la suya en el sentido contrario. Así hemos visto ya varios Estados, uno tras otro, que han manifestado el deseo de cambiar sus gobernantes y han trabajado por tal cambio, y que á la postre se han quedado con los tiranos que tenían, porque el Centro ha sostenido esos tiranos. Yucatán presenta el último ejemplo de lo poco que significa la voluntad popular para la insensible Dictadura.

Es sabido hasta la saciedad que el pueblo todo de Yucatán anhelaba ardientemente la caída de Olegario Molina y trabajó con tesón por conseguirla. El Gobierno de Molina significaba para los yucatecos la carencia de toda libertad, la falta de garantías, la esclavitud de millones de hombres bajo la férula de unos cuantos señores de la tierra y el monopolio del poder público por una plutocracia criminal que, por llenarse los bolsillos y mantener sus feudales privilegios, no vacila en arruinar al Estado y en hundir al pueblo en la más espantosa miseria. Fue natural, inevitable, que la opinión popular se levantara contra esa tiranía de negociantes y explotadores; que las agrupaciones anti-releccionistas florecieran en todo el Estado, y que una prensa llena de vigor y de justas iras, surgiera, como un reflejo de la conciencia pública, para exhibir y flagelar á los verdugos.

La campaña política de Yucatán fué de las más difíciles, por la desenfrenada persecución que desató el Gobierno contra los ciudadanos independientes, y tuvo notas sangrientas que no hubiéramos esperado ni los que conocemos las atrocidades con que ha podido establecerse y perdurar el opresivo sistema que nos rige.

Si nos propusiéramos relatar todos los atentados que cometió Molina contra los desafectos á su reelección, tendríamos que llenar volúmenes. Olegario Molina, el Nerón del "cientificismo", persiguió sin medida, sin freno, hasta sin objeto. Para asegurar su reelección, ya que contaba con el apoyo decisivo del Centro, no hubiera necesitado multiplicar los atropellos hasta lo inconcebible ni llevar las medidas de terror hasta un extremo pocas veces visto. Pero sea que lo arrastra-

ra un desatentado espíritu de venganza, sea que su maldad ingénita se sintiera voluptuosamente halagada con el sufrimiento de sus víctimas; sea, en fin, que quisiera mostrarse ante su protector el Autócrata como hombre de carácter, capaz de subyugar á todo un pueblo; el hecho es que el encumbrado esclavista persiguió, encarceló y asesinó á sus enemigos políticos, sin darse punto de reposo y sin sentir, probablemente, ni sombra de remordimiento en la conciencia.

Todavía están en la Penitenciaría de Mérida, los periodistas Escoffé, Pérez Ponce y Vadillo, el Lic. Manuel Meneses, Presidente de la Unión Popular Anti-releccionista, y algunos independentes de Kanasin, que escaparon con vida de una matanza que hicieron en aquel pueblo los esbirros del Nerón "científico". Y aún después de que Molina ha conseguido sus fines de continuismo en el Poder, sigue cometiendo atentados: hace poco que un ciudadano anti-releccionista fué asesinado por los gendarmes en la Estación Central de Policía de Mérida, según lo referimos en otro lugar.

En vísperas de las elecciones, y tras la serie de atropellos realizados, los ciudadanos vieron, por parte del Gobierno, preparativos que revelaban á las claras las intenciones de cerrar la campaña con algo digno de los antecedentes: con una hecatombe de anti-releccionistas que saciara los instintos "pacíficos" de Molina y le diera lustre como Gobernante que sabe reducir al orden á multitudes levantiscas y exaltadas. No les quedaban á los independentes más que dos caminos: ó presentarse en los comicios con las armas en la mano, para responder con la fuerza á la agresión que les preparaba el Gobierno, ó resignarse á no votar, dejando que los presupuestivos licieran lo que más les acomodara. Los directores de la oposición optaron por esto último y recomendaron al pueblo la abstención, por lo cual el día señalado por la ley para que los yucatecos designaran á sus mandatarios, no hubo ciudadano que se presentara á los cuarteles, puestos de policía y otros lugares rodeados de fuerza armada en que se colocaron las casillas electorales.

La «Unión Popular Anti-releccionista de Yucatán», en un extenso Manifiesto, dió cuenta de los más culminantes atropellos que sufrió la oposición, puntualizó los artículos en que fué violada la Ley Electoral, y expuso los mil y un motivos que hay para considerar enteramente nula la reelección de Olegario Molina. La «Unión Popular» considera, con justicia, que los acontecimientos escandalosos que tuvieron lugar en Yucatán, deben preocupar al país entero. Así debe ser, en efecto. Los escarnios al Sufragio, los atentados contra las garantías, la intromisión del Centro en los asuntos de un Estado, los crímenes de cualquier género cometidos por cualquiera de los Gobiernos del país, son ultrajes para toda la Nación y deben indignar, no sólo á los hijos del Estado que sufre directamente tales desmanes, sino á todos los mexicanos. La imposición que acaba de hacer la Dictadura, de Olegario Molina en Yucatán, y las que antes hizo de Cárdenas en Coahuila, de Reyes en Nuevo León, de Mercado en Michoacán, de Cabuatzin en Tlaxcala, etc., etc., siempre contra la expresa voluntad del pueblo de esos Estados, son, lo repetimos, ultrajes á la Nación, violaciones descaradas á nuestra Ley Fundamental, cínicos alardes de autocracia, que afectan á todos los ciudadanos de México y que todos estamos obligados á prevenir y rechazar, si es que en algo estimamos el decoro nacional ó el porvenir de nuestra Patria.

El Manifiesto de que hablamos se dirigió al Presidente de la República, á las Cámaras de la Unión y á la prensa independiente. Excusado es decir que sólo la prensa se dió por entendida del importante documento. El Presidente, ó con más propiedad, el Dictador Díaz, ya sabía de antemano lo sucedido en Yucatán, puesto que el mismo Autócrata fué quien decretó la reelección de Molina, precisamente porque el pueblo demostró aborrecer á ese funcionario. En cuanto á las Cámaras, ya se sabe que no son más que escenarios de autómatas que el Dictador maneja, no teniendo importancia, ninguna significación en la política actual.

Regeneración

February 1st, 1906.
Subscription rates:
Per annum... \$ 2.00 gold.
Per 6 months... 1.10
Editor and Proprietor: ANTONIO L. VILLARRIAL

CONDICIONES:

«REGENERACION» Se publicará los días 10, y 15 de cada mes. La suscripción, para México, vale \$5.00 al año, por \$2.75 por semestre; para los Estados Unidos los precios arriba indicados.
A los agentes, se les hacen descuentos especiales.
Todo lo correspondiente díjase al Ditoctor.

Estamos seguros de que la «Unión Popular» dirigió su Manifiesto al Presidente y á las Cámaras, sólo por mostrar á la Nación que empleó todos los medios legales para hacer triunfar la voluntad del pueblo, y que esos medios fracasaron ante el capricho dictatorial. Esperar que las quejas de un pueblo fueran atendidas por el Autócrata ó por los marionetas del Congreso, hubiera sido, cuando menos, una candidez de que no creemos capaces á los más conspicuos anti-releccionistas de Yucatán.

Ellos, como todo el pueblo, deben saber que si Molina continúa primiendo y robando al Estado, si porque así lo quiere Porfirio Díaz. Todos comprendemos que la lucha hubiera sido exclusivamente entre Molina y el pueblo yucateco, sin intervención de la Dictadura, á estas fechas el odiado esclavista habría dejado el Poder y aún habría sido tal vez asustado por los ciudadanos.

Pero la fuerza del Centro, guardando las espaldas de Molina, hizo someterse á los yucatecos. Es el mismo caso de Coahuila, de Nuevo León y de cuantos Estados han pretendido recuperar su soberanía, librarse del tiranuelo que la Autocracia les impuso y darse un Gobierno emanado de la voluntad popular. En todas esas Entidades Federativas, no han sido los insignificantes Gobernadores los que por su sola voluntad ó su sola fuerza se han perpetuado en el Poder: ha sido la Dictadura la que con mano férrea ha tomado á esos miserables instrumentos de opresión y los ha colocado, como fardos aplastantes, sobre las encorvadas espaldas de los pueblos.

La Dictadura ha triunfado, sí, pero su triunfo no es decisivo ni completo. Todos esos pueblos tan burdamente atropellados en sus más caros derechos, tan cínicamente burlados en sus más justas aspiraciones, tan torpemente ahofetados en su sagrada dignidad, no pueden someterse sino en apariencia, no pueden conformarse ni renunciar á la reivindicación. Las cabezas se inclinan, pero las conciencias protestan. En el fondo de sus almas, los vencidos acumulan á sus dolores y sus odios antiguos, los odios y los dolores engendrados por la última derrota, y en el negro catálogo de sus infortunios agregan las nuevas amarguras, las nuevas injusticias, las nuevas miserias que se les hacen padecer. Mientras los vencedores celebran ruidosamente la victoria y brindan en las bacanales por la omnipotencia del César, en el corazón del pueblo ultrajado se amontonan los tormentos, se acumulan las hieles, se agigantan las iras y se elabora, sorda, pero seguramente, una formidable tempestad.

La Dictadura, hoy por hoy, ha triunfado en Yucatán, pero también ha aumentado en millares, de un solo golpe, las falanges de los que la detestan, de los que, por ella escarnecidos y humillados, anhelan destruirla para que su odiosa existencia no retarde por más tiempo el reinado de la Justicia en el seno de nuestra Patria.

EL DEBER DE LOS PARIAS.

Si dolorosa es para el analfabeta la condición de paria social, insupportable resulta para los intelectuales que pueden analizar lúcidamente las deformidades monstruosas de la pésima organización en que vivimos.

El peón del campo ó de las minas, lo mismo que el obrero de las ciudades, sufre á todas horas el implacable cosquilleo del hambre jamás saciada y, tras la diaria labor, el vértigo del cansancio; raquitos son las expansiones de su espíritu siempre asediado por el dolor é insuficientes las horas del descanso que reclama sus miembros fatigados; y para que en vida de martirios sea más acortada, sufrimientos de otra índole lo espían y lo aniquilan: en un chozo destrozado ó en su cunil infocoto, tiene así que convivir ante la